

## Amaneceres de radio... Amanecer de bala

# Memoria y Cuento

César Miguel Rondón

*Amanecí de bala*

*amanecí bien magníficamente bien todo arisco  
hoy no cambio un segundo de mi vida por una bandera roja  
mi vida toda la cambiaría por la cabellera de esa mujer*

Víctor Valera Mora



No soy un experto en armas. En rigor, si se me compara con mis contemporáneos caraqueños, más bien podría decirse que soy un absoluto ignorante en la materia. Escasamente distingo entre revólveres y pistolas automáticas, entre rifles de cacería y de guerra, y entre estos últimos, por pura cultura cinematográfica, sé diferenciar los antiguos y mecánicos de la Segunda Guerra Mundial, y los automáticos, de mirilla y repetición, de las últimas guerras grandes del mundo y la guerrillita nuestra. Esos rifles, que sobre su lomo portan una asa para comodidad del guerrero en sus momentos de distensión y solaz, como la del bulto escolar o la lunchera infantil, los hemos visto de sobra en nuestra cotidianidad porque en este país, para que no quede ninguna duda de que existen y algo hacen, nuestras Fuerzas Armadas siempre están armadas, así no haya guerra ni amenaza,

así sólo estén dirigiendo el tránsito en una pacífica esquina, o cuidando la entrada de un estadio de béisbol. Pero lo cierto es que esas armas tan inútiles y tan vistas, nunca las había visto yo tan de cerca, apuntándome directamente ("sin querer queriendo"), como en aquella larga y lenta madrugada del 4 de febrero de 1992 en mi propia casa: porque desde que lo pisé por primera vez -en el ya distante y antiguo año 74- un estudio de radio siempre fue y será, también, mi propia casa.

Llegaron sobre las cuatro de la mañana en un camión ancho y pesado que subió por la Avenida Mohedano con un estruendo de elefantes temblando sobre el asfalto. De ahí bajó poco más de una docena de soldados de diversas Fuerzas, todos uniformados y camuflados para la guerra. Al frente del grupo estaba un Maestre Mayor de la Armada -"experto en comunicaciones"- quien, luego de

presentarse con la parquedad del caso, dispuso de sus hombres en todos los sitios estratégicos de la estación. Y dos de ellos, de inmediato, fueron a hacerme compañía en el estudio. Antes, sobre las tres de la madrugada quizá, la única visita que habíamos tenido de la autoridad, o de «los cuerpos de seguridad del Estado», había sido una patrulla de la Metropolitana con par de policías tanto o más asustados que los que en ese momento estábamos en la radio. «¿Todo aquí está bajo control?» -preguntó un sargento regordete con restos de grasa en las comisuras de la boca. Uno de los operadores le dijo que no, que la situación era extraordinariamente grave porque hasta habíamos recibido amenazas; extrañas amenazas, a decir verdad, porque en ningún momento se nos dijo con qué se nos amenazaba ni tampoco por qué. «¿Quién está al mando?» -preguntó el regordete disimulando el susto y el desconcierto, y, sin dudarlo ni un instante, los tres operadores de guardia, el locutor y el portero de seguridad, me miraron señalándome. «¿Y usted qué cargo tiene?» -me increpó el policía. «Pues ...Yo soy locutor» -dije con algo de timidez pero con un toque de fuerza en la voz para que el oficio sonase, en semejante madrugada, necesario e inapetable. «Entonces siga al cargo» -dijo como último recurso tras un instante de duda y con su compañero regresó a la patrulla, no sin antes advertirnos que estuviéramos mosca porque algo estaba pasando...»Cualquier vaina nos llaman», dijo finalmente antes de arrancar en busca de otra arepera.

Para ese momento ya las tres emisoras del circuito Unión Radio que funcionan en el edificio de la Mohedano estaban empalmadas en una sola señal. La cabina desde donde se transmitía era la de 1.090 AM, la más amplia de todas, con tres micrófonos, varias líneas telefónicas para salir al aire, y un monitor de TV. La decisión del empalme había sido de Sergio Gómez, el gerente general del circuito, que buscaba con eso una sola voz en un momento de tanto desconcierto e incertidumbre. Y la voz, sin que nadie honestamente me hubiera mandado al berenjenal, era la mía. ¿Por qué estaba yo ahí, a esa hora de la madrugada, en el trance incomodísimo y harto delicado de narrar e informar sobre un golpe de

Estado en pleno desarrollo? Todavía, cinco años después, intento dar con una respuesta sincera y satisfactoria a semejante pregunta.

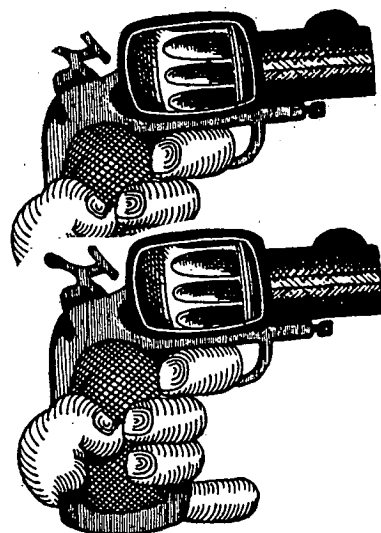
Recuerdo que en casa el teléfono repicó poco después de las 12:30 de la noche. Flor y yo nos despertamos como aventados de un tiovivo. Era mi hermano Andrés Eloy desde Washington: «César, le están cayendo a plomo a La Casona y se habla de un grupo de blindados que avanza hacia Miraflores». A partir de ese instante faltó paciencia para discar tantos números y para atender tantas llamadas telefónicas. Muchas, inclusive, se ligaban en medio de la confusión: «¡cayó Pérez» -of afirmar en la exaltada voz de una mujer. «¡Coño, al fin, qué bueno!» -le respondió un hombre en el otro extremo. Por primera vez, después de treinta y tantos años de relativa paz y bonanza, de alcahuetería democrática y palabreo y vista gorda, de inventar un país sobre saliva y pabillos, alguien tuvo la ocurrencia de quitarnos la escalera de la democracia para dejarnos agarrados solamente de la brocha gorda de la realidad y nos fuimos de bruces.

Serían como las dos de la madrugada cuando, todavía aturrido después del trancazo, Pérez, el Presidente Constitucional de la República, despeinado y con los ojos desorbitados, logró levantar por primera vez la cabeza después de la caída y dio con las cámaras de Venevisión por las que le habló al país: «Venezolanos, un grupo de militares felones ha tratado de dar un golpe de Estado contra el régimen constitucional, pero han fracasado y toda la situación está bajo control» -más o menos fue lo que dijo, pero nadie, obviamente, le creyó. ¿Cómo le iban a creer a ese hombre que súbitamente había perdido el piso y algo más? ¿Cómo le iban a creer si a esa hora el plomo cerrado todavía retumbaba sobre La Casona y Miraflores, y los venezolanos en su delirio y fantasía se empeñaban en escucharlo en todos los rincones del país? Después de verlo -al «loco» más enloquecido que nunca- entendí que la cama y el país todo, más que tiovivo eran tobogán, y que sólo desde la radio sería vivible esa madrugada irrepetible. Y fue así como terminé en el estudio ante el micrófono, frente a esos dos soldados en actitud de guerra que, tan inocentes

como *El Chapulín Colorado*, me apuntaban sin querer queriendo.

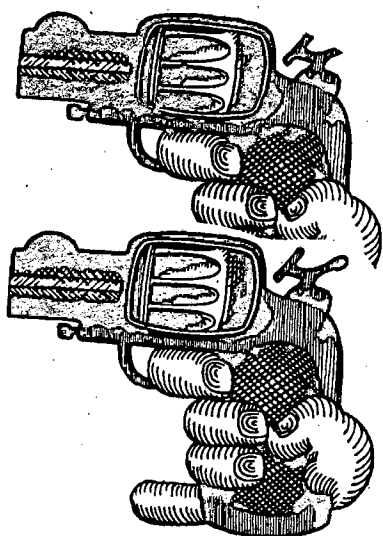
Es cierto que nuestra democracia, las más de las veces, está más cerca de la mamarrachada y el sainete que de los momentos sublimes y perfectos donde el pueblo, al fin, logra gobernarse a sí mismo. Nuestra representatividad más que escasa es en realidad una farsa; poco somos lo que decimos ser. Y así nos defraudamos y como colectivo nos dejamos hundir en una depresión abismal. Pero ésta, que es la sensación de desasosiego con que nos movemos a diario, desapareció por completo aquella madrugada cuando entendí que, de tener éxito la asonada, serían esos cañones los que ahora suplirían la cotidianidad con su fraude y todas sus palabras. El asunto entonces, como siempre en esos casos, estaría en discutir la «legitimidad» o no de esas armas. ¡Pero es tan difícil discutir, ni siquiera pensar con un cañón por delante! Claro, los que en ese momento estaban en el estudio eran *leales* -término muy importante que se subrayó de inmediato-, tropas *buenas* que estaban ahí para cuidarnos de las otras, de las *rebeldes*, que eran las que, a esa misma hora, le caían a trancazos a las verjas de Miraflores. Pero la realidad no es tan diáfana ni segura como una película de vaqueros, y ni los buenos ni los malos son necesariamente lo que dicen ser, como tampoco nosotros somos esos espectadores distantes, comedores de cotufas, que confiamos dominicalmente en un guión amable.

¿Mas cuál era el guión a leer en aquella angustiada madrugada? Entre las 3:00 -hora en que comenzaron nuestras transmisiones regulares por el circuito a nivel nacional- y las 8:00 de la mañana -hora aproximada en que el gobierno envió las primeras informaciones oficiales- nuestro único libreto estuvo determinado por dos conceptos tan amplios, arteros y peligrosos como lo son el *sentido común* y la *responsabilidad ciudadana*. Por el primero, fundamentalmente, no transmitíamos ningún mensaje que exagerara la alarma o el pánico colectivo; y por el segundo asumíamos, a priori y sin una discusión que en esos momentos era imposible, la condena de las tropas rebeldes que atentaban contra el orden constitucional. Esto último, en las primeras y más confusas horas de la



madrugada, nos colocaba ante el colectivo en una situación incómoda: si el gobierno de Pérez, después de las acusaciones de corrupción y el paquete económico de factura FMI, tenía la popularidad en sus puntos más bajos, era fácil entender que una sacudida como la que implicaba el alzamiento gozara de simpatías inmediatas. Además, desde aquella «gloriosa madrugada» del 58, los venezolanos no contábamos con un amanecer verdaderamente histórico y cinematográfico, a plomo limpio, donde nuestras más infantiles esperanzas pudieran exhibirse con una sonrisa ingenua ante una cámara internacional. Y de nuevo fuimos noticia grande... y triste.

Pero antes de que las cámaras de CNN nos retrataran, ya con la luz del sol, a nosotros desde la radio nos correspondió llevar, en la más densa oscuridad -externa e interna-, la imagen de lo que ocurría. Mas en semejantes momentos de confusión, cuando las escasas informaciones que se producían eran por lo general cruzadas y arbitrarias, ¿cómo determinar dónde estaba la verdad, cuál era y, sobre todo, por cuánto tiempo se mantendría antes de ser rebasada por otra mucho más fuerte y poderosa aunque contradictoria? ¿Cómo saber, pues, la verdad? ¿Acaso preguntándonosela a los dos soldados que me apuntaban (¿o protegían?) sin querer queriendo? ¿Quizá compartiendo un café, así como quien no quiere la cosa, con el Maestre Mayor, experto en comunicaciones? ¿Y por qué él tenía que estar más informado que yo? ¿En efecto las Fuerzas Armadas estaban en control de la situación?



¿Mas de cuál situación? ¿Qué me garantizaba que ellos, en efecto, eran del bando al que decían pertenecer? ¿Y si era así, por cuánto tiempo, con lo cambiante que estaban las cosas? De manera que el desconcierto y el temor, en definitiva, eran la única certeza; y la única esperanza, periódicamente hablando, estaba en aquellas horas pasadas en ese pesado amanecer que no terminaba de reventar.

Pero había que perifonear, había que transmitir e informar una verdad suficientemente sólida y diáfana, y para tratar de atisbarla, la inercia y las circunstancias nos llevaron a implementar un mecanismo rudimentario, harto familiar y doméstico, que aunque limitado nos daba lo que más buscábamos en semejante situación: confiabilidad. Así dispusimos de una suerte de gran red telefónica entre periodistas y reporteros atascados en sus hogares, locutores y empleados administrativos de las diferentes estaciones del circuito, y familiares y amigos que nos iban informando de lo que acontecía en sus cercanías. Sus reportes llegaban en papellitos redactados por los operadores que se habían convertido en asistentes y, luego de discriminar y cotejar un papellito con otro, finalmente decidíamos qué información dábamos al aire. Recuerdo, por ejemplo, el caso de Elena Méndez, maestra de preescolar y vieja amiga, que nos fue de gran utilidad ya que, vecina de La Casona, su casa quedó en plena línea de fuego entre los asaltantes y los defensores de la residencia presidencial, y gracias a ella pudimos dar reportes bastante

precisos de los combates, de su duración y crueldad; así, cuando la voz oficial se empeñaba en afirmar que ya la situación estaba bajo control en La Casona, nosotros, de fuente directa y fidedigna, pudimos informar lo contrario al instante.

Con el interior del país ocurrió algo parecido, y jugó rol importantísimo en esto la emisora de Maracaibo, desde donde nos llegaban reportes veraces de lo que ocurría en la residencia del gobernador Alvarez Paz, tomada íntegramente por los golpistas. Así, lo que las otras emisoras transmitían podía ser fácilmente comprobable por nuestra red de «informantes» -bien para confirmarlo, bien para desmentirlo, o, simplemente, para adelantarnos en el inevitable «tubazo» periodístico-, lo que nos permitió, ya desde tempranas horas de la madrugada, reportar «en vivo y directo», siempre vía telefónica, a Colombia, México, Argentina, España y EEUU.

Para cuando por fin despuntó el sol, ya la situación estaba bastante más controlada, informativamente hablando. A esas horas ya sabíamos que el golpe era una acción aislada de un grupo de paracaidistas del ejército y que, exceptuando Maracaibo, los únicos puntos álgidos de combate eran La Casona y Miraflores, el resto del país estaba en paz y el Alto Mando Militar, ya sin dudas ni desplantes de dirigentes civiles, se mantenía leal a Pérez. Los dos canales comerciales de la televisión habían prestado sus cámaras para dos tipos de imágenes completamente distintas: por un lado RCTV con las panorámicas donde veíamos a las tanquetas rebeldes tratando de derribar las puertas de Miraflores; y por el otro, Venevisión, prestando el escenario para que cuanto político desorientado, de mucho o poco pelo, alta o bajísima convocatoria, transmitiese al país el mismo mensaje sin interrupción: «El golpe ha sido derrotado ... Hay que combatir a los golpistas ... Aquí estamos por la defensa de la Constitución Nacional...» El primero, ya lo dijimos, fue el propio Pérez moviéndose con una velocidad que ciertamente sorprendió a los golpistas y al resto del país que dormía, ganando una delantera importantísima para mantenerse en el poder en aquella aparatosa madrugada y en los meses que seguirían. Tras él, y antes de que vi-

niera el cardumen de los políticos ansiosos de pantalla, Eduardo Fernández, hasta ese entonces líder máximo de Copei y, para muchos, el virtual próximo Presidente de la República, con unas palabras cautas pero firmes y convencidas con las que defendía lo que consideraba correcto: la democracia a secas, la única vía por la cual él entendía que podía llegar a gobernar al país. Pero la política tiene sus paradojas y, para su desgracia, aquella terrible madrugada logró exactamente el efecto contrario y Miraflores, a partir de entonces, se le alejó definitivamente de las manos.

Desde el estudio, entre cigarro y cigarro, con café rancio y poca agua, mientras hacía pausas ante el micrófono, observé a la más variada gama de políticos de mi país peleándose la pantalla por la pantalla, las palabras por las palabras, dirigiéndose a una audiencia que no entendían y mucho menos tenían. Uno tras otro lucían tan anacrónicos y prescindibles, tan previsibles e idénticos, incapaces de reflexionar que el país que había madrugado a punta de susto y balazo ya era uno completamente distinto al que se había acostado en paz la noche anterior, con ellos adentro. A los compañeros de la radio que llegaban de la calle -a esa hora ya la circulación era un tanto más libre y fluida en la ciudad- les preguntaba por los ánimos que se sentían en el exterior, y las respuestas de todos coincidían: aunque el pueblo no salió a respaldar masivamente la asonada (como sí ocurrió, por ejemplo, en el 58), sí era evidente que el movimiento gozaba de inmensas e inmediatas simpatías populares. Así, pues, los políticos que hablaban por Venevisión no hacían más que hundirse en un discurso que poco o nada interesaba en aquella mañana de acción y pronto perdieron un terreno vital e importantísimo ante los nuevos héroes de la pantalla: los golpistas.

Creo que cualquier venezolano adulto que haya vivido aquellos acontecimientos tiene, por encima de cualquier anécdota o imagen particular, una singular y emblemática en la que un hombre de facciones indias y tez morena, con gesto severo y voz grave, se dirige al país para conmocionarlo en menos de treinta segundos: Hugo Chávez Frías, hasta entonces un desconocido Teniente

Coronel del Ejército venezolano que, escoltado por el Vicealmirante Daniels, inspector general de las Fuerzas Armadas y a la sazón su captor, se confiesa como *el responsable* de la asonada y reconoce que han fallado ... *Por ahora*. A partir de ese instante el grifo estaba abierto y corría libre empapándolo todo en un país sediento de líderes.

En los meses que siguieron los militares rebeldes fueron algo así como los héroes sentimentales del pueblo venezolano. El país, que todo lo convierte en farrá, los asumió como sus ídolos de carnaval y a todos los muchachitos disfrazaron con uniformes a lo Chávez, con botas y boinas y gestos de rabia aprendidos de las fotografías y la televisión. Habían sido derrotados, es cierto, pero el objetivo ulterior estaba logrado con creces: Pérez, herido de muerte política («hubiese preferido otra muerte...» -dijo con voz quebrada en uno de sus discursos de la época), no tardó mucho en salir constitucionalmente y antes de tiempo de la Presidencia, y el imperio compartido de los dos grandes partidos Acción Democrática y Copei se veía resquebrajado por primera vez desde el Pacto de Punto Fijo; con la misma, el paquete económico factura FMI se vio suspendido y Rafael Caldera, el otro héroe -el «héroe civil del 4 de febrero»-, ascendía electoralmente a la Presidencia de la República para terminar haciendo, años después, exactamente lo mismo que hizo su rival Pérez, con FMI y alzas de gasolina incluidas, pero con un Chávez bastante disminuido en su popularidad e influencia política, de civil y pacífico liquiliqui por las calles de la República.

Pero nada de esto podía vislumbrarse y mucho menos sospecharse en aquella lenta mañana del 4 de febrero. Recuerdo que cerca del mediodía salí al sol tras nueve horas de encierro en el estudio. Aturdido y encandilado, con el estómago estragado después de tanto café malo, encendí un último cigarrillo antes de irme a casa a descansar. El edificio de la Mohedano, a diferencia de las solitarias horas de la madrugada, ahora estaba lleno de gente: periodistas que iban y venían, técnicos, operadores y locutores, ejecutivos, curiosos y uno que otro político que, no perdía la ocasión para ser entrevis-

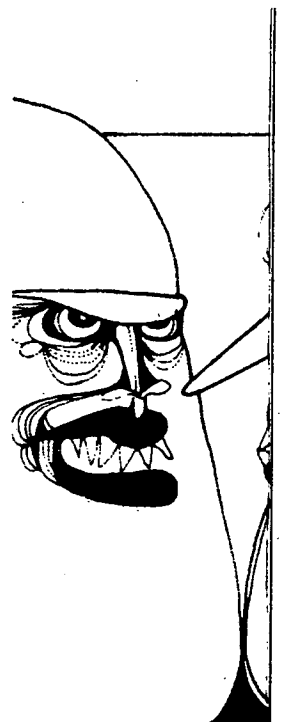
tado. Recostado del muro, soltando bocanadas de humo, los contemplaba cuando se me acercó el Maestre Mayor, experto en comunicaciones. Como quien no quiere la cosa, me comentó que estaba sorprendido por lo duro que es el trabajo en la radio. Le contesté que en realidad solía ser bastante más tranquilo y apacible, excepto cuando a sus compañeros les daba por jugar a la revolución y a las sorpresas. Y para disipar rápidamente la aspereza -porque en efecto era tiempo de militares- le ofrecí el único y arrugado cigarrillo que me quedaba en la cajetilla. Con la paciencia de un militar que está entrenado para pasar largas e inútiles horas en un mismo sitio, lo estiró y alisó hasta darle una apariencia aceptable, y lo encendió mientras nuevos contingentes de camiones y soldados llegaban para terminar de tomar por completo el edificio. «¿Como que piensan quedarse mucho tiempo, ah?» -pregunté buscándole la mirada, pero el Maestre Mayor, experto en comunicaciones, no respondía preguntas impertinentes y sólo fumaba. Y así estuvo, con nuevas cajas de cigarrillos pero con el mismo uniforme y el mismo cañón, durante quince largos días. De manera que el tiempo, que es un alcahueta imperdonable, permitió que me acostumbrara a hacer mi programa de radio de todas las mañanas con los soldados como auditorio en el estudio, y ellos, ya harto familiarizados con el asunto, entraban y salían sin hacer ruido, como Pedro por su casa, y hasta me traían uno que otro vasito de agua para refrescar la garganta. Cuando por fin se fueron, hubo estrechones de manos y cordiales abrazos, y recuerdo que el Maestre Mayor, experto en comunicaciones, como un detalle de amistad, me regaló una caja de Belmont completa, sin abrir.

Y así, entre cigarrillos y amaneceres, transcurrió un año turbulento e irrepetible, inaudito y extraordinario desde el punto de vista radial y periodístico. Enfrentar cada mañana, micrófono y noticias mediante, se convirtió en una experiencia insólita: la historia se reescribía cada veinticuatro horas y todo absolutamente todo era posible ... Hasta un nuevo golpe de estado. Y éste nos despertó -¿por qué todas las asonadas militares son siempre de madrugada?- con los sobresaltos de rigor, en las primeras

horas del 27 de noviembre. De nuevo las llamadas telefónicas y el tiovivo que se hacía tobogán. Otra vez la radio a destiempo, el empalme de las tres estaciones y una sola voz a nivel nacional; otra vez los soldados con sus armas de guerra en el estudio, y el Maestre Mayor, experto en comunicaciones, que entró como viejo conocido de la casa, ofreciendo cigarrillos.

Dada la experiencia del 4 de febrero, esta vez pudimos tomar ciertas previsiones importantes. Por ejemplo, la red telefónica fue ampliada y superada con radios de onda corta, y el mismo carácter del golpe permitió que desde tempranas horas salieran a recorrer la ciudad unidades móviles de periodistas. En la estación, a diferencia de la soledad inmensa de la primera vez, ahora teníamos mucho más personal especializado en cada actividad, y yo mismo en la cabina ahora tenía una compañía muy importante: Eli Bravo, el joven periodista que ya por aquel entonces causaba estragos en la audiencia juvenil con su programa matutino en 107.3. La situación ahora era distinta, completamente distinta, pero no precisamente para bien. Lo inesperado seguía siendo la marca de estas situaciones extremas, y este 27N no podía ser la excepción.

Entre las muchas torpezas que cometieron los alzados de febrero estuvo el pésimo manejo de los medios de comunicación. De hecho -ya lo comentamos previamente-, Pérez les ganó el golpe, entre otros



elementos importantes, al dar él primero la cara por la TV, al ser el primero en tener una voz y una presencia ante el país, una versión de los hechos que, al ser suficientemente difundida, habría de tomarse por cierta. Después nos enteraríamos de la verdad tragicómica de los hechos: los Bolivarianos claro que habían pensado en los medios, pero lo habían hecho con tal grado de ingenuidad y amateurismo que no sólo el mensaje revolucionario lo grabaron en un cassette de video Beta (semejante formato jamás se tomó seriamente a nivel profesional; ningún canal de televisión tiene este tipo de equipo para salir al aire), sino que lo llevaron para su difusión a los estudios de Coraven (RCTV) en Quinta Crespo. Cuentan los empleados de la estación que les resultó harto difícil convencer a los soldados rebeldes de que ahí no había señal alguna para salir al aire (para ese entonces ya era suficientemente conocido que la señal de Radio Caracas se emitía, desde hacía varios años, en los estudios de Los Cortijos, que los de Quinta Crespo eran sólo para grabar variedades y novelas), y así tuvieron que ir llevándolos por todo el vetusto edificio mostrándoles, rincón tras rincón, como en una guía turística, los estudios donde se grababan los *sketches* más populares de Radio Rochela y las escenas más apasionadas de la novela de moda. Más de uno pensó que, en efecto, les estaban tomando el pelo.

Pero en esta nueva intentona golpista semejante error con los medios

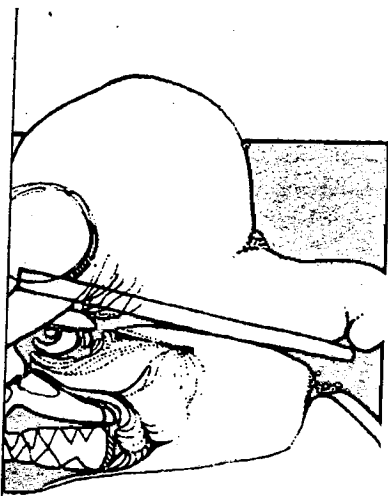
no se cometería. Dado que ahora se trataba de un alzamiento liderado por oficiales de alta jerarquía, éstos, con sus uniformes de gala y sus condecoraciones, se habían grabado previamente en un video franquizado por todas las banderas de nuestras Fuerzas Armadas. En un discurso breve, conciso y efectista, tomando con su diestra el Pabellón Nacional, se presentaba ante el país el nuevo líder rebelde, el Contralmirante Gruber Odremán. Según el plan, dicho cassette (ahora sí en el formato correcto para su transmisión profesional) sería emitido por la señal del Canal 8 desde aproximadamente las 6:00 am. A tal fin la estación del Estado sería tomada horas antes en una rápida acción comando por las fuerzas rebeldes; y para evitar interferencias, el puesto de retransmisión de Los Mecedores (Cerro Avila), donde convergen las señales de todos los canales comerciales, sería tomado militarmente de manera de empalmar así, en una sola señal obligada, la que era lanzada desde Canal 8 con el mensaje rebelde; así ni que lo quisieran los demás canales podrían dejar de transmitir el video del almirante y los generales. Según este plan, tan pronto el país en pleno viera por sus televisores la seriedad y jerarquía de los implicados -tan distantes de Chávez y sus compañeros, de menor rango y mayores y peligrosas estridencias en el lenguaje y las ideas-, comprendería el carácter solemne e irreversible del alzamiento, y pronto se sumarían en su apoyo; Pérez no podría menos que renunciar de inmediato.

Nuestras transmisiones en la radio habían comenzado, formalmente, cerca de las 5:00 am. A esa hora era poco lo que podíamos informar, excepto que sí, en efecto, un nuevo atentado contra el orden constitucional estaba en desarrollo desde las primeras horas de la madrugada. Sabíamos que Maracay, en la base aérea de Palo Negro, era esta vez uno de los puntos álgidos del combate, y que se hablaba de fuertes movimientos de tropas en Barquisimeto y Maracaibo. Ciertamente, lucía algo mucho más sólido y organizado que la vez anterior. Excepto estas informaciones y los continuos llamados a la calma y la cordura, a permanecer todos prudentemente en sus casas, nada más podíamos decir por los micrófonos. Pero el silencio se hizo

mucho más asfixiante y obligado una vez que vimos la pantalla del Canal 8: ¿después de eso qué podíamos decir, qué actitud podíamos tomar? ¿En efecto ya el país estaba perdido? Recuerdo el gesto pálido y atónito del Maestre Mayor, experto en comunicaciones, al ver semejante espectáculo por la pantalla. Ahora sí, por lo visto, ya no había más nada que hacer.

En lugar de los generales y almirantes con sus galas y sus condecoraciones, salieron tres individuos de aspecto terrible, en las peores indumentarias posibles, con gestos feroces e irreconciliables que, armados como los bandoleros de las películas mejicanas, amenazaban a la audiencia (porque mal se puede decir que la invitaban) con un nuevo golpe de Estado, exigiendo de manera categórica la renuncia inmediata del gobierno y sus lacayos. Y a diferencia de lo que habían previsto los verdaderos líderes de la asonada, semejante video produjo el peor de los efectos posibles: rechazo absoluto y unánime al nuevo golpe, y a encerrarse todos en sus casas hasta que la paz no volviera de nuevo en la patria, si es que volvía.

Todavía hoy en día se especula sobre la verdad de lo ocurrido: ¿cómo pudo salir por pantalla semejante trío en lugar del video previamente grabado con tanto cuidado, con tan estudiadas palabras y actitudes? Las respuestas siguen siendo confusas y poco satisfactorias, y hay algunos que hasta piensan que fue un alarde de contrainteligencia del gobierno para desarmar efectivamente el golpe. Pero esto último luce tan perfecto y extraordinario -«cronométricamente suizo»-, que en un país de retrasos, imperfecciones y suspicacias pocos se lo quieren tomar verdaderamente en serio. Pero lo cierto es que las horas del trío siniestro («Los tres cochinitos», «El trío del gordito de la franelita rosada»; «Los tres chiflados»; «El comandante mondongo» -que fueron algunos de los motes que surgieron después como humoradas para superar el pavor), fueron realmente terribles para todos pero especialmente para los que en ese momento estábamos en la obligación de transmitir algo creíble y veraz por un micrófono. En la experiencia de febrero, con las dificultades e incertidumbres del caso, había



siempre algo que perifonear: la red telefónica funcionaba, las otras radios asumían posiciones con las cuales uno estaba de acuerdo o discrepaba, pero que en todo caso merecían opinión y comentarios, y los canales de televisión, así fuera con largos intervalos de por medio, nos daban algunas imágenes -de políticos o tanquetas- en las que se evidenciaba que el país, así fuera asmáticamente, seguía respirando. Pero ahora, con semejante trío en la pantalla -¡en todas las pantallas!-, con un gobierno absolutamente silenciado así fuera para decir mentiras, y con una nación encerrada puertas adentro, la sensación de parálisis era asfixiante y claustrofóbica. El país, sencillamente, se había quedado catatónico, como muerto.

Pero la situación cambió de manera radical pasadas las nueve de la mañana; si antes no habíamos tenido nada que decir, ahora simplemente no nos dábamos abasto para tantas informaciones. Sobre esa hora, el gobierno logró desbloquear la situación en Los Mecedores y, paralelamente, en la acción más sangrienta de la que se tenga memoria en tiempos recientes, se recuperó a plomo limpio el Canal 8, con un espantoso balance de muertos y heridos que nunca se quiso confirmar oficialmente. Para esa hora ya nuestras unidades móviles, desplegadas por varios puntos de la ciudad, nos informaban continuamente. Recuerdo de manera particular a Johnny Figarella, muy activo en aquella mañana, reportando directamente desde la Autopista del Este lo que acontecía en La Carlota. Ahí, tropas rebeldes le hacían frente a las leales que desde el exterior trataban de acorralarlas. Johnny, que en ese momento reportaba protegiéndose en las defensas de la autopista, reseñó cómo ahí a su lado, a escasos metros, había sido herido mortalmente Virgilio Fernández, buen amigo y compañero, que en ese momento se desempeñaba como reportero para *El Universal*. A partir de ese instante, con una muerte demasiado cerca entre nosotros, la realidad cobró un color distinto, terrible y pegajoso, con un áspero sabor de infierno y bala en la garganta reseca.

El anterior golpe había sido distante, casi como una película o un juego en dos polos lejanos; pocas

bajas y muchos oficiales rendidos antes de la media mañana. Pero ahora todo parecía desbocarse en el sentido de la sangre. A la hora en que en el anterior golpe todo era rendición, aquí comenzaba lo peor: el ataque aéreo. Y ocurrió así lo más absurdo: aviones rebeldes -Broncos de hélices, de los tiempos de Corea- bombardeando Miraflores, la sede de la Disip, la de la Policía de Sucre (?), en fin ... Y lo curioso es que ninguna de esas bombas jamás estalló (pronto, para disipar ante nuestros ojos y sobre todo los de los extranjeros la supuesta ineficacia de nuestra Fuerza Aérea, autoridades del Ministerio de la Defensa aclararon que eso había sido expofeso, para no causar daños mayores en los blancos. -¿Y si era así no era preferible ahorrarse de una todo el aparataje y el inútil y ridículo despliegue del bombardeo?). Y, para combatirlos, el gobierno había enviado F-16 que los perseguirían en el estrecho valle de la ciudad de Caracas. ¿Qué se pretendía, derribarlos sobre las casas y los edificios donde residen los caraqueños? ¿O la única intención era, como en el caso de las bombas, asustar y darnos el espectáculo? Y ahí los tuvimos, jugando a una absurda cacería del gato y el ratón aéreos, ante los caraqueños que no tardaron en subirse a todas las azoteas posibles para contemplar «los avioncitos».

Sobre la media tarde ya Polo Troconis, de 107.3, había dispuesto de una consola y unos micrófonos para transmitir directamente desde la terraza del edificio de la Mohedano; así, sugería él, podríamos contar internacionalmente cómo se desarrollaba «La Batalla de Caracas». Y es que, en efecto, nuestras transmisiones internacionales se habían duplicado con relación a la previa experiencia de febrero. Pero cada nuevo reportaje era más difícil, incómodo y molesto que el anterior: ¿cómo explicarle al mundo que una ciudad como Caracas corría riesgos terribles ante la tozudez e indiferencia de unos cuantos pilotos y sus comandantes? ¿Qué era lo que en efecto se estaban jugando, y, sobre todo, a nombre de quién se lo jugaban? Mientras, la balacera en La Carlota continuaba sin merma retumbando con un eco terrible en los cerros del valle. De Maracay, los reportes eran igual de sangrientos ... Hasta que ocurrió el detalle...

Todavía no se sabe si fue iniciativa propia del piloto, si fue un error o si, simplemente, como suele afirmarse, fue una orden superior: lo cierto es que a partir de ese instante, de ese mágico y sorprendente instante, todo cambió. Un F-16, alzándose con su prodigio tecnológico sobre el cielo de Caracas, rompió la llamada barrera del sonido produciendo un estruendo de tal dimensión que no hay caraqueño que no jure haber oído el estallido en la cocina de su casa, ahí mismo. Los de La Casona, convencidos de que ya estaban cercados por las fuerzas leales, salieron sin más con los brazos bien en alto, y los Broncos, resignados, aterrizaron en paz. Súbitamente, gracias al insólito truco y su escándalo, más de magos y cineastas de que de militares redentores, toda la mamarrachada había terminado. Rendido, el general de Brigada Visconti, de la Fuerza Aérea, huía con un grupo de los suyos hacia Iquitos, Perú; mientras el contralmirante Gruber era capturado por sus compañeros de arma. Finalizando el día finalizaba también la aventura. Pero esta vez, a diferencia del 4 de febrero, no había héroes a la vista ni líderes despuntando hacia el porvenir; ni siquiera para las masas más ingenuas y hambrientas la ilusión de un cambio o un carnaval cercano; sólo el desagradable sabor que dejan el miedo y la rabia cuando han hecho estragos en el mero centro de la cédula de identidad. Y por fin cayó la noche.

Quince días más tarde, como ya empezaba a hacerse costumbre, el Maestre Mayor, experto en comunicaciones, recogió a sus hombres para subirlos en los pesados camiones. De nuevo nuestros estudios y oficinas volvían a ser exactamente eso, sólo estudios y oficinas, y no espacios de hacinamiento para que comieran, se asearan y durmieran ahí hombres armados sobre colchonetas. La sensación de improvisación e intemperie, de intromisión, guerra y abismo, de país provisional y sobre palillos, se iba así con los soldados en sus camiones escandalosos como elefantes. Y aunque afortunadamente no han vuelto, a todos en la radio, aunque no lo confesemos abiertamente, nos queda la sospecha y el temor de que -si seguimos como vamos- en cualquier momento pueden volver por ahí con su invasión, su estruendo y sus cigarrillos.